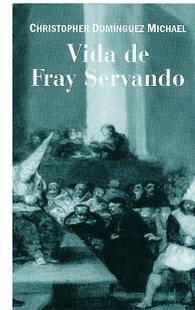


Vida de Fray Servando

de Christopher Domínguez Michael

Mauricio Molina



Entrada de Agustín de Iturbide a la Ciudad de México, siglo XIX

En febrero 1861, durante los trabajos de demolición de una parte del convento de Santo Domingo, se encontraron trece momias tras el ábside de la Capilla de Los Sepulcros. En aquellos tiempos, cuando las leyes de Reforma habían entrado en vigencia y el clero había perdido sus bienes, el hallazgo desató los más encontrados comentarios entre la multitud que acudía a mirar los restos disecados con una mezcla de fascinación y repugnancia.

Se inventaron leyendas de todo tipo. Los periódicos liberales como *El Siglo XIX* se apresuraron a afirmar que estos monjes preservados en polvo eran víctimas de la Inquisición, que habían sido emparedados. Por su parte, los conservadores, los católicos y las almas pías

atribuyen la preservación de los cuerpos al olor de santidad que los había impregnado en vida.

Las conjeturas de ambos bandos eran igualmente extravagantes y las leyendas que circularon en torno a las momias sobrepasaron con mucho el debate entre liberales y conservadores. La gente no cesaba de acudir a la calle de Los Sepulcros en la Plaza de Santo Domingo a mirar aquel espectáculo inusitado y a escuchar toda clase de relatos.

Se trata de una historia “que tiene algo del romanticismo de Víctor Hugo”, como aventuró Manuel Payno, testigo ocular del hallazgo. La demolición de aquellos conventos centenarios hizo que brotaran no sólo las momias, sino los fantasmas depositados en la memo-

ria colectiva: los crímenes de la Inquisición, las historias secretas, los emparedamientos, los suplicios, las torturas. Algo de la fascinación gótica por los conventos abandonados y los lugares en ruinas —elementos típicos de la imaginación romántica de la época— permea incluso las notas periodísticas. Es muy posible que a raíz de la popularidad de las momias de Santo Domingo la costumbre de mirar este tipo de espectáculos se haya extendido hasta culminar con las momias de Guanajuato, ese gigantesco Escorial donde el mexicano cumple el rito de mirar a la muerte de frente y reírse de ella.

El hallazgo llegó a ser tan popular y concurrido que la imprenta de Inclán, un modesto taller litográfico, reprodu-



Solemne y pacífica entrada del ejército de la Tres Garantías a la Ciudad de México, siglo XIX

jo las momias en una serie de litografías y las editó en un pequeño folleto para venderlo entre los curiosos que acudían a mirarlas. El folleto incluía una disertación científica que, a medio camino entre la filología y la medicina, explicaba la razón por la que se habían conservado aquellos cuerpos, así como una breve biografía de cada uno de los trece cadáveres momificados, que no eran más que unos frailes dominicos sepultados tras un grueso muro cuando faltaron nichos para enterrar nuevos muertos en la capilla.

En un principio nadie pensó que entre los cadáveres se encontrara una de las personalidades más importan-

tes de la historia del país. Ya nadie recordaba al doctor Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, víctima del terror inquisitorial, artífice filosófico de la Independencia y, junto con Joaquín Fernández de Lizardi, uno de los primeros defensores de la libertad de expresión en México. Nada se sabía de sus *Memorias* —acaso la autobiografía más apasionante jamás escrita en nuestro país—, ni de su *Historia de la Revolución de Nueva España*, aunque tan sólo habían transcurrido treinta y cuatro años desde su muerte.

Pasaron los meses de aquel 1861. La gente dejó de acudir en tropel, las momias ya no fueron novedad y pronto

se convirtieron en un estorbo para el gobierno. Unas se entregaron a la Escuela de Medicina, que se encontraba justo frente a la iglesia de Santo Domingo, en el edificio de la Inquisición, y otras fueron cedidas a un viajero que se las llevó a Chile o a Buenos Aires para su exhibición en junio del mismo año. Tuvieron que pasar cinco años más para que Manuel Payno redescubriera los textos del doctor Mier y los diera a conocer en la revista literaria *El Año Nuevo* de 1865, sacando del olvido a este personaje cuyo pensamiento y vida novelesca han atraído desde entonces a diversos autores. Diez años después de la aparición de los textos presentados

El rigor y la curiosidad histórica, aunados al talento literario, son las armas del biógrafo.



Procesión en el barrio de Santa Cruz, siglo XVIII

por Payno, en 1876, apareció en Monterrey la primera biografía de Mier escrita por José Eleuterio Jiménez.

Todo parecía indicar que los restos del doctor se habían perdido para siempre llevados por un circo al sur del continente. Habrían de pasar más de veintiún años para que otra vuelta de tuerca diera un giro inesperado a esta historia. En agosto de 1882 el periódico *Monitor Republicano* publicó una carta anónima fechada en Bruselas en la que se afirmaba que las momias de Santo Domingo estaban siendo exhibidas como víctimas de la Inquisición en un circo de la capital belga.

A la historia parecen gustarle las simetrías: el doctor Mier, víctima y acérrimo enemigo del Santo Oficio, seguía alegando contra sus perseguidores después de muerto. A partir de ese momento, Servando Teresa de Mier, el mayor

artista de la fuga de la historia americana, se convirtió en el santo patrono de los perseguidos, de los exiliados, de los disidentes, porque escapó no sólo de sus prisiones en vida, que fueron muchas, sino del olvido y, la mayor cárcel de todas: la de la propia muerte.

El arte de la biografía es infrecuente en nuestras letras. Las excepciones no hacen sino resaltar esta carencia. Pienso en *Las trampas de la fe* de Octavio Paz o en el *He mán Cortés* de José Luis Martínez, modelos evidentes del libro que ahora comentamos. El rigor y la curiosidad histórica, aunados al talento literario, son las armas del biógrafo. No es casual que en una literatura que carece de grandes biógrafos florezca la novela histórica: el escritor de novelas históricas sustituye el dominio de sus fuentes con la imaginación. El biógrafo, en cam-

bio, requiere de un sólido aparato crítico para abordar la vida de una figura o un período histórico determinado.

Pocos autores de su generación han apostado por el ensayo y por la literatura mexicana con rigor, exigencia y precisión como Christopher Domínguez Michael. Mientras la mayoría de sus contemporáneos han mirado hacia afuera en busca de modelos, temas o influencias y en algunos casos se erigen como copias baratas de autores norteamericanos, europeos o latinoamericanos, Domínguez ha sabido mantener la mira apuntando siempre hacia la literatura mexicana y el microscopio siempre explorando otras tradiciones. Su vasta curiosidad literaria y su búsqueda de lo universal en lo más cercano le han permitido escribir páginas memorables sobre autores como Valdimir Makanin o

Stendhal, sin menoscabo de las precisas reflexiones sobre Reyes, Cuesta o Vasconcelos.

La suya es la doble vocación del constructor y del crítico, del utopista y del francotirador, del arquitecto que erige frágiles edificios y del terrorista que decide hacerlos explotar con minuciosos artefactos. Ya desde la populosa y definitiva *Antología de la narrativa mexicana del siglo xx* (1989 y 1991), Domínguez nos ofreció una perspectiva, un panorama, de los nobles edificios, los paseos monumentales, los sórdidos rincones, las cantinas verbales y los bajos fondos de una ciudad —la de la literatura mexicana— que ha alcanzado el estatuto y la complejidad de una mitología. En *La utopía de la hospitalidad* (1993), el autor nos ofreció un paseo deleitoso por diversas ciudades literarias, un ejercicio de ajuste de sus instrumentos, la pluma y el reloj de bolsillo: ensayos veloces y plenos de iluminaciones donde comienza a fulgurar el escritor. En aquellos dos primeros libros aparece el crítico y el ensayista, el detective y el arqueólogo. Tanto la *Antología de la narrativa mexicana del siglo xx* como *La utopía de la hospitalidad* resumen la vocación crítica de Domínguez, que se despliega en libros posteriores como *Tiros en el concierto* (1997), *Servidumbre y grandeza de la vida literaria* (1998) y la *Sabiduría sin promesa* (2001). En ellos está presente el diálogo entre la tradición y la modernidad, entre lo nacional y lo universal, pero también entre la creación y la crítica, entre el autor que explora las ciudades literarias y el que ha decidido ser parte de su construcción.

Con su *Vida de Fray Servando* Christopher Domínguez Michael ha

realizado un trabajo que combina el rigor y la imaginación para abordar la vida de uno de los personajes más enigmáticos de nuestra historia: Fray Servando Teresa de Mier. Más allá de ser el nombre de una calle, una estatua en el Paseo de la Reforma o de ser el protagonista de la novela *El mundo alucinante* del cubano Reynaldo Arenas, sobre Fray Servando ha caído la doble maldición de la leyenda y el franco desconocimiento, salvo quizá por Edmundo O'Gorman y su *Heterodoxo Guadalupeño*, algunos apuntes de Alfonso Reyes y, más allá de nuestras tierras, ciertas notas de Lezama Lima. *Vida de Fray Servando* de Christopher Domínguez logra algo que parecía imposible: volver real un personaje que se había convertido a sí mismo, con la complicidad de Manuel Payno, González Obregón y otros, en una figura de alcances mitológicos.

Tomando como principio sus *Memorias* —un conjunto de textos autobiográficos que en muchos casos tiene el regusto de la defensa frente a sus perseguidores y en otros una desmedida vocación por la hipérbole o la flagrante mentira—, Domínguez Michael nos va revelando, a lo largo de las ochocientas páginas que componen su libro, al personaje histórico y, más allá de esto, el complejo entorno sociopolítico de uno de los períodos más importantes de nuestra historia: la Independencia de nuestro país y el nacimiento difuso de nuestra nación como tal. El libro de Domínguez Michael es antes que nada una meditación en torno al surgimiento de nuestra conciencia nacional, una exploración arqueológica del riquísimo conjunto de símbolos, eventos his-

tóricos, mitos fundacionales e imágenes que conforman eso que hoy llamamos México.

La *Vida de Fray Servando* sirve a su autor como una suerte de dispositivo para explorar los orígenes de la conciencia nacional. Gracias a este mecanismo, como una cámara escondida, se vislumbran los orígenes de una cultura y de una época. Ahí están la Virgen de Guadalupe, el Tonalámatl, la Coatlicue, Hidalgo, Morelos, Mina, Iturbide, Mora, las Cortes de Cádiz, la discusión entre federalismo y centralismo, la masonería, los albores del liberalismo. Y en medio de todo, poniéndole fuego a este guiso, la Guerra de Independencia.

Vida de Fray Servando es mucho más que una biografía: es una indagación sobre lo que nos conforma como nación. En este sentido el libro de Domínguez se acerca tanto a sus modelos evidentes —*Las trampas de la fe* de Octavio Paz, *Hernán Cortés* de José Luis Martínez—, como a meditaciones más sutiles, como *El Laberinto de la soledad* del propio Paz y *La Jaula de la melancolía* de Roger Bartra. En Fray Servando se combinan el *axólotl* de Bartra y el solitario de Paz.

El otorgamiento del Premio Villaurrutia a Christopher Domínguez por su monumental *Vida de Fray Servando* confirma a su autor no sólo como un crítico preciso y directo, sino mejor aún, como uno de los historiadores de la cultura más penetrantes de nuestras letras. ■

Christopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando*, Ediciones Era/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Conaculta, México, 2004, 802 pp.

El libro de Domínguez Michael es antes que nada una meditación en torno al surgimiento de nuestra conciencia nacional...